

YIGÜI VA A GUANACASTE

*Marjorie González Gómez**

Nuestro amigo Yigüi decidió este año dirigirse a Guanacaste a pesar de que no le gustan las altas temperaturas. Esta vez no se fue sobre el techo de un bus, como lo hizo a Herradura, sino que aceptó la invitación de una amiga nicoyana y viajó en auto. Salió de San José un jueves como a las diez de la mañana, hizo una parada en Puntarenas para comer y comenzar a amoldarse a las temperaturas que le esperaban.

Llegó a Nicoya a las siete de la noche y fue muy bien recibido por la familia de su amiga. Como la noche era temprana decidieron dar una vuelta por el parque y la hermosa iglesia colonial. Ahí conversó con las asiduas habitantes de las iglesias, sus hermanas golondrinas. No pudieron entrar a la iglesia pues estaba cerrada. Al día siguiente su amiga le propuso visitar las hermosas playas guanacastecas. Yigüi se hidrató bien pues ya la temperatura guanacasteca lo hacía respirar con dificultad y su piquito se abría y cerraba rápidamente. Ah! Pero sorpresa, cerca de la casa de su amiga había un bosquecito, por donde pasaba un pequeño riachuelo, los árboles se veían frondosos y había orquídeas pegadas a los troncos, los pericos revoloteaban y se posaban sobre los árboles de guayaba, los únicos con fruto, los monos aulladores saltaban de rama en rama felices de tener, aún, un lugar a dónde vivir.

Parecía un milagro un lugar en pleno Nicoya en donde los pericos llegaban a anidar en marzo. Pero donde los cazadores inescrupulosos los esperan para llevarles sus crías y venderlas a

los inescrupulosos extranjeros ávidos de llevarse un recuerdo viviente del trópico, recuerdos que no sobrevivirán las incomodidades de un espacio reducido y con sus piquitos y alas sujetadas con cinta adhesiva impidiéndoles pedir auxilio o huir. De esta forma serán llevados a un continente extraño para privarlos de su libertad y someterlos a cambios drásticos de estaciones.

Después de escuchar la triste historia de sus hermanos, Yigüi se enrumbo a sámara. Ahí lo recibió el calor que tanto lo afecta, pero de nuevo pudo apreciar la belleza del mar azul que lavaba la arena gris y cantaba al ritmo de sus olas armoniosas como si interpretara una sinfonía pausada y perfectamente acoplada.

Yigüi se posó sobre una palmera y despertó a la orquesta marítima. DE repente vio a unos pajarotes con un gran buche debajo de su pico que revoloteaban observando al mar. Se dirigió a ellos y como siempre entabló conversación con ellos. Eran pelícanos que buscaban su alimento. “Oye Ygüirro, solo tienes que volar sobre el mar y ver cuándo se acerca una.

Mancha de peces y zaz te zambulles y atrapas un pez con tu pico”. “Parece fácil”, dijo Yigüi, “Voy a intentarlo”. Pero Yigüi era demasiado pequeño, demasiado lento y se le escapaban los peces. “Ahora” le gritó su nuevo amigo el pelícano. Yigüi hizo lo mismo que su amigo, casi se ahoga y no atrapó ni una sardinita. “Creo que esta forma de alimentarse no me gusta” dijo Yigüi, “Esa agua salada casi me ahoga”.

* Profesora de Lenguas Modernas, Universidad de Costa Rica

Yigüi conoció a una especie de comemaíz más redondito y con una línea blanca en su copete. “Oye Yigüi, eso no es para vos, ven con nosotros y te diremos dónde hay frutas”. Se fueron y encontraron guayabas, banano y papayas. “Esto si es alimento” dijo Yigüi y luego fue a un riachuelo limpio y claro en donde pudo darse un baño en aguas frescas y limpias. De ahí fue a Nosara, pero solo vió una multitud de bañistas llenos de arena, pero que con un poco más de conciencia recogían parte de la basura que habían creado. Carrillo estaba esplendoroso, poca gente, la música que a volumen alto salía de los autos era empalagosa e invitaba al baile.

El sol apenas si calentaba, pero el mar lucía todo su esplendor bañando la arena gris con suaves movimientos pausados como la más hermosa de las piezas musicales jamás compuestas. Todo esto lo observaba Yigüi desde lo alto de un cocotero junto a algunas gaviotas con las que había entablado amistad.

De regreso a casa de su amiga, Yigüi pidió agua y un lugar fresco en dónde poder dormir. A la mañana siguiente, Yigüi y sus amigas se dirigieron al Palo Verde, lugar hermoso en donde anidaban cientos de garzas de diferentes colores y tamaños.

Hicieron una parada para visitar el mirador de la roca. Pero antes de emprender el ascenso de los 570 metros fueron atacados por cientos de zancudos hambrientos que querían perforarlos con sus punzantes agujijones.

Una vez superado el problema con la ayuda de un repelente, Yigüi y compañía emprendieron el camino al mirador. Su respiración se le hacía difícil; el calor, la altura, “¿Falta mucho?”, preguntó Yigüi, “No ya casi llegamos”. Ahí estaba el mirador. Había que ser cabra para poder llegar a la cima rocosa llena de fósiles marinos que llamaron la atención de Yigüi. “¿Porqué hay corales y conchas?” preguntó, pero sus nuevos amigos no supieron responderle. Pero ahí estaba la vista más hermosa e imposible de describir de los pastizales verdes. Era como una esmeralda en nacimiento; verde claro cuando el viento la mecía de un lado, verde oscuro cuando la vegetación regresaba a su posición normal.

Era un mar de hermosura mecido por el viento y regado por las aguas del Tempisque. Paraíso de aves que anidaban protegidas por las autoridades que cuidan el parque. DE ahí, Yigüi y compañía siguieron por los senderos y pudo observar cómo los saínos metían sus narices en pequeños pozos de lodo, los conejos tranquilos y confiados pasaban de lado a lado, el tepezcuintle casi se detenía a saludar a los visitantes, confiado de que no sería la cena del día siguiente. Ahí frente al majestuoso Tempisque, llegaban por cientos, garzas de diferentes colores: blancas, negras y rosadas a posarse sobre cientos de árboles hasta dejarlos completamente cubiertos como árboles frutales en media producción. Inquietas graznaban, gritaban alborozadas al reunirse una vez más al atardecer en un mismo árbol como todos los atardeceres, para compartir sus aventuras del día. Yigüi estaba embelesado al ver tanta camaradería rota momentáneamente por el hacinamiento que se resolvía sin ningún altercado. “Qué hermoso!”, dijo Yigüi, “Cómo estos hermanos comparten su territorio sin causar mayor conflicto”, “Qué hermoso ver a los hermanos compartir un árbol y respetar un lugar quizás adquirido por antigüedad, qué hermoso ver a los hermanos vivir en paz y respetarse sin recurrir a la violencia, qué hermoso ver cientos de aves diferentes dar una lección a los humanos de lo que es respetar el medio que nos proporciona casa y alimento, qué hermoso ser un buen vecino, un buen compatriota, un amante de la naturaleza y un conservador de nuestro hábitat” se dio Yigüi.

De vuelta a la casa con sus amigos de Nicoya, yigüi dio gracias al Creador por haberlo puesto en esta parte del mundo, dio gracias a su anfitriona por haberle dado la oportunidad de conocer otra parte de su hermosa patria Costa Rica, por su gentileza y atenciones y prometió volver, aunque conociendo a nuestro amigo Yigüi, se prepara para conocer otros lugares para así poder recrearnos con sus experiencias a lo largo de este bello país llamado Costa Rica.